

El Gato

Ángela P.

Image not found.

Capítulo 1

Sam no estaba seguro de si era una señal maravillosa o un presagio de un desastre, pero sí sabía que aquel gato negro tenía algo extraño. Había cruzado la acera indiferente a su alrededor, como eran los gatos, pero de pronto se había sentado en medio de la carretera y se le había quedado mirando. Sam vio al momento que no era una mirada normal, no sólo por el tono dorado de sus ojos, sino porque había en ella el fuerte brillo de la inteligencia. Sam había visto muchos gatos a lo largo de su vida; de vecinos, amigos, callejeros e incluso durante una época se aficionó a un programa de mascotas en el que, como no, aparecían. Eran animales inteligentes, y eso era una verdad como un templo de grande. No obstante, aquel gato le llamó mucho la atención. Cuando se preguntó a sí mismo qué era lo que le atraía de él, se dio cuenta de que no le habría extrañado si de pronto el animal le hubiera hablado. Tenía una mirada tan firme y consciente como podía esperarse de un humano cualquiera.

Sin pensárselo dos veces, Sam se dirigió hacia el felino. Poco le preocupaba llegar tarde al trabajo, porque por regla general nunca había sido muy puntual. El gato, viéndole acercarse, levantó su diminuta cabecita evitando perder el contacto visual. Sam le devolvió la mirada desde arriba.

—¿Qué te pasa a ti, eh? ¿Estás perdido? —preguntó.

Se sintió estúpido en cuanto lo dijo. Miró de reojo a su alrededor, comprobó que no había nadie cerca que pudiera mirarle raro por la tontería que estaba haciendo. Volvió a mirar al gato. Movía la cola tranquilamente. Sus pupilas redondeadas le recordaron al anillo de oro de su abuela, ese del que siempre presumía y se ponía hasta para comprar el pan. Ahora que lo pensaba, no sabía dónde había ido a parar tras su muerte. Oyó un pitido lejano y amortiguado, no lo ubicó, y se sorprendió a sí mismo echando de menos aquel anillo. Tal vez, pensó, tendría que preguntar por él a su tía. Acababa de darse cuenta de que le gustaría tenerlo, aunque nunca le había gustado guardar objetos de personas fallecidas.

—ESTÁN EN ELLOS. ESTÁN AQUÍ —dijo el gato.

Fue como salir a flote del agua. Los sonidos, el ruido, las voces; todos llegaron a la vez a sus oídos. Antes de que pudiera razonar lo que escuchaba, detectó una enorme figura por el rabillo del ojo. El camión pitó. Sus ruedas derraparon sobre el asfalto, provocando un desagradable silbido agudo y penetrante. Sam se quedó mirándolo, se sintió entonces muy pequeño. La adrenalina alcanzó sus piernas, las tensó. Intentó

saltar.

No tuvo muy claro lo que sucedió después.

Estaba mareado y acelerado. No sabía dónde estaba arriba y dónde abajo. Palpó y tocó el suelo negro de la carretera. Las piernas le respondían. Le extrañó sentir tanto embotamiento sin ningún dolor. La gente le miraba sin moverse del sitio. Como si no supieran si acercarse. Le molestó.

—No vengáis todos, eh, a ver si vais a tropezar —refunfuñó mientras se ponía en pie no sin cierta dificultad. El ser humano cada vez es más insensible, pensó. Esto no habría pasado en la época de sus abuelos. Se fijó en que un chico le sacaba una foto con el móvil—. Pero, ¿eres idiota o te lo haces? ¡Dame eso! —Dio un paso hacia él, y luego otro más rápido. Alargó el brazo con toda la mala intención de tirar el teléfono al suelo—.

Pero su mano lo atravesó. Y Sam sintió un frío tan atroz en el estómago que creyó que se iba a morir. Retrocedió, se dio cuenta de que en realidad nadie le miraba a él. Se dio la vuelta.

Reconoció su rostro entre la sangre. Su cuerpo se encontraba en una postura grotesca.

Las arcadas le hicieron doblarse, escupió. Su saliva no manchó el suelo, ni siquiera vio que alcanzase ninguna parte. Simplemente no estaba.

Le temblaban las piernas, se apoyó en un bolardo mientras se esforzaba por respirar. La gente, ahora les oía, hablaba y murmuraba. Un hombre corpulento, con sus manos en la cabeza, gritaba cosas que no entendía. Estaba terriblemente alterado.

Sam pensó que era un sueño, una pesadilla. Se pellizcó, quizá demasiado fuerte, y notó como adormilada la piel. Pero había sentido el movimiento, y a eso se agarró. Habló, pidió ayuda, trató de agarrar a alguna persona, intentó dar puñetazos y patadas. Nadie reaccionó.

Entonces vio al gato, aquel sospechoso gato negro que se había encontrado en la carretera. Se asombró al darse cuenta de que él también se había detenido en medio de la vía. No podía creerse que lo hubiera hecho. El gato se lamió la pata delantera con elegancia, se frotó el hocico con ella. Luego caminó lentamente, ajeno al bullicio de su alrededor. Miraba a Sam, pero no al Sam que se desesperaba intentando entender lo que ocurría. Las pequeñas patitas del animal subieron su torso fácilmente. Dio varias vueltas sobre la tripa, ignorando la sangre. Tras agitar la cola, se encogió con suavidad y se tumbó sobre él y cerró sus ojos dorados.

Sam gritó que bajase, chilló, se tambaleó hasta el felino. Para cuando su mano atravesó al gato negro, un latigazo de histeria se hundía en su garganta como una daga helada. Oyó la sirena de una ambulancia. La gente se dispersó para dejar paso a los enfermeros, pero él no se apartó. Vio sus caras. No le hizo falta escuchar lo que dijeron a continuación.

Mientras cubrían su cuerpo con una sábana de plástico brillante y amarilla, reparó en que el gato no estaba en ninguna parte.

Como un niño desorientado, Sam observó lo que ocurría. Vio cómo le metían en un saco oscuro. La policía ahuyentaba a los curiosos, tomaba nota de lo que decían los testigos. Revisaron su cartera. Su móvil había acabado destrozado, pero recogieron los restos y los metieron en una bolsa. Cuando los enfermeros dijeron algo sobre llevarle a alguna parte, Sam entró con ellos en la ambulancia. Se abrazó las piernas en una de las esquinas, encogido, no sentía cansancio. El coche arrancó. El traqueteo del vehículo le parecía lejano e irreal. Los enfermeros, tras un momento de silencio, empezaron a hablar sobre el partido de la noche anterior.

—Un poco de respeto, ¿no? —murmuró, aunque sabía que no le iba a oír nadie. No dejaba de mirar al suelo.

Pillaron un bache, el saco se movió un poco sobre la camilla.

—Ten más cuidado, joder —En la última sílaba, por fin, se le rompió la voz.

Llegaron al parecer a su destino. Los enfermeros coordinaban con el conductor sobre en qué zona aparcar, pero Sam no les prestó atención. No dejaba de mirar el saco donde estaba metido.

Uno de los enfermeros dijo:

—Bueno, no pasa nada, llamamos a Mónica para que confirmen la entrega y así nos curamos en salud. Subimos por el montacargas y luego ya ella se encarga de los partes a la policía y todo eso.

—Muchas gracias, pero no será necesario —dijo Sam.

Sam levantó la vista hasta la camilla. Los enfermeros se miraban, extrañados, con la pregunta de "¿has oído eso?" en los ojos. Uno de ellos abrió la cremallera. Sam se incorporó, y los otros chillaron dando un salto. Sam no vio su propia cara, pero veía perfectamente la herida de sangre coagulada que tenía en la cabeza, cerca de donde tuvieron que darle puntos de pequeño por un incidente con la bicicleta. El conductor, alertado por los gritos, deslizó la ventanilla que daba a la parte de atrás de la ambulancia. Sam volvió la cabeza sin mover el cuerpo, se oyeron los chasquidos de sus huesos. Pálido como la tiza, tenía un ojo medio

cerrado, el otro abierto de par en par y la boca en una mueca extraña. La abrió lentamente y sólo dijo:

—*Miau.*